
Esbozo de un ensayo acerca de la literatura del siglo XVIII

Benjamin Constant

Traducción de Álvaro Uribe.

Hay dos maneras de esbozar el panorama de la literatura de un siglo. Una consiste en presentar una nomenclatura exacta y detallada de los diversos autores que ilustraron ese siglo: se puede caracterizar entonces a cada uno de ellos con mayor o menor finura, fuerza o precisión: pero no se llega por este camino sino a resultados parciales. Como lo más fácil, y que parece al mismo tiempo más ingenioso advertir en cada escritor, es lo que lo distingue de los demás, se destacan las diferencias más que las semejanzas. Ahora bien, las diferencias no indican sino el talento o el carácter particular del escritor: sólo las semejanzas constituyen el espíritu general. La segunda manera consiste en determinar primero cuál fue la tendencia de una época y mostrar después cómo esa tendencia modificó a cada autor: cómo aquéllos cuyo carácter, opiniones o intereses los inclinaban a combatir dicha tendencia se sometieron sin saberlo a su yugo y fueron sus abanderados: cómo el impulso de éste resultó exagerado, y debilitada la resistencia de aquél, por la atmósfera que los rodeaba.

Cada siglo tiene su idea dominante. Cada autor está marcado con el sello de la idea dominante de su siglo. Quienes avanzan a la cabeza de las doctrinas victoriosas en realidad no hacen más que obedecer a esa idea. Quienes parecen luchar capitulan.

La literatura está en todo. No es posible separarla de la política, de la religión, de la moral. Es la expresión de las opiniones de los hombres acerca de cada una de estas cosas. Como todo en la naturaleza, es a la vez efecto y causa. Presentarla como un fenómeno aislado es no presentarla. No hay que esbozar, pues, el panorama de la literatura de un siglo, sino el del espíritu de un siglo. Pero en tal panorama la literatura ocupa necesariamente el primer lugar, a la vez como producción y como prueba de ese espíritu.

Quienes escriben en nuestra época en favor o en contra del siglo XVIII parecen creer que un siglo puede merecer la censura o el elogio a la manera de los individuos. Es un gran error. Un siglo es el resultado necesario de los que lo precedieron. Un siglo no puede ser jamás sino lo que es. La juventud es más fuerte que la niñez, la madurez más prudente que la juventud, la vejez más débil que la madurez. No hay en ello objeto de censura ni de elogio.

No por capricho a los hombres de tal época les da por ser religiosos o irreligiosos, entusiastas o calculadores, enérgicos o pusilánimes. Es efecto de un impulso que recibieron, que no pudieron no recibir, que se modifica en ellos, que así modificado se transmite a las generaciones que los reemplazan y que por esas modificaciones sucesivas se torna diferente de lo que era y crea gradualmente un espíritu nuevo.

La literatura está en todo. No es posible separarla de la política, de la religión, de la moral. Es la expresión de las opiniones de los hombres acerca de cada una de estas cosas. Como todo en la naturaleza, es a la vez efecto y causa. Presentarla como un fenómeno aislado es no presentarla. No hay que esbozar, pues, el panorama de la literatura de un siglo, sino el del espíritu de un siglo. Pero en tal panorama la literatura ocupa necesariamente el primer lugar, a la vez como producción y como prueba de ese espíritu.

Todo es moral en los individuos, pero todo es físico en las masas. La afirmación parece contradictoria: no lo es. El que las voluntades libres produzcan un resultado necesario no es más sorprendente que el que los intereses particulares, que frecuentemente chocan entre sí, lleguen sin concertarse a un interés general, diferente de cada uno de ellos.

Cada quien es libre individualmente, porque no tiene que ver individualmente sino consigo mismo o con fuerzas iguales a las suyas. Pero en cuanto entra en un conjunto deja de ser libre, porque el movimiento del conjunto se apodera de él y no sólo lo subyuga, sino que lo modifica.

Los escritores superiores de un siglo no influyen en él, como suele creerse, dándole sus propias opiniones, sino presentándole las suyas fuerte y claramente expresadas. Parecen acarrearlo porque lo sirven, ser sus guías porque son sus intérpretes, persuadirlo porque le revelan su propio secreto.

No cabe duda de que la influencia de esos escritores es grande: pero no como dirección, sino como aceleración del movimiento general. Le devuelven con usura a su siglo lo que recibieron de él.

El espíritu de un siglo es un hecho necesario, un hecho físico. Ahora bien, un hecho físico se cuenta y no se juzga.

Para conocer el espíritu del siglo XVIII, hay que estudiar el del XVII y sobre todo el del reinado de Luis XIV.

Cuando ese príncipe subió al trono, Francia apenas salía de la agitación de las guerras religiosas. Estas guerras, terminadas por la conversión de Enrique IV, le infirieron a la religión heridas que dicha conversión no sanó. El asentimiento con que la recibió la mayoría de los franceses era una especie de transacción entre el fanatismo y el fastidio.

Cuando los hombres han sido atormentados durante mucho tiempo por opiniones que pusieron en movimiento sus pasiones más violentas, se sienten agobiados por una especie de fatiga que no los lleva a desdecirse de sus opiniones, sino más bien a aferrarse a cualquier pretexto para descansar con honor. Lo que en su fervor primitivo hubieran rechazado como una forma mentirosa e irrisoria, lo aceptan con arrebatos como una satisfacción suficiente que les sirve para justificarse a la vez ante los demás y ante sí mismos, para rechazar el reproche de apostasía y para tranquilizar su conciencia.

Así, cuando un amor ciego a la libertad causa revoluciones tempestuosas y sangrientas, dichas revoluciones suelen terminar en instituciones que no conservan de la libertad sino algunas denominaciones y algunas formas. Nadie quiere examinar si esas apariencias son engañosas, porque todo el mundo teme encontrar que lo son y sentirse llamado a resistencias cuya sola idea se ha vuelto inoportuna.

Los católicos franceses quisieron creer en la conversión súbita y forzada de un príncipe herético, porque la duda hubiera hecho renacer una lucha que estaban impacientes por terminar. No sobrevino inmediatamente en Francia una incredulidad positiva. Los reinados de Luis XIII y de Luis XIV todavía fueron reinados devotos. Pero prevaleció una impresión sorda de que la religión podía ser, en parte, cosa política, instrumento de Estado, y de ahí menos escrúpulos en la

manera de contemplarla y la sensación de que una delicadeza demasiado concienzuda era fuente de calamidades y desorden.

Luis XIV. Su pompa. Sus guerras. Sus malas costumbres. Sus austeridades religiosas. Todo convencional —a fin de cuentas, todo facticio.

En el siglo XVII la literatura no tenía otra meta que su perfección. En el siglo XVIII, un medio; su perfección, un accesorio.

Todas las instituciones del siglo XVIII contra la tendencia de las ideas. Parlamento. Nobleza. Clero.

Decadencia actual. Poemas descriptivos.

América es un extremo Occidente

Jean Meyer

A raíz de la publicación de Jorge Vértiz (ensayo fotográfico), Alfonso Alfaro (texto), *Moros y cristianos. Una batalla cósmica*, México, Libros de la Espiral, revista *Artes de México*, 2001, 128 pp., Jean Meyer escribió esta interesante reflexión en torno al origen de nuestras fiestas.

A finales de agosto, alrededor de la celebración litúrgica de la Degollación de San Juan Bautista, los miembros de la cofradía de dicho santo se reúnen durante cuatro días y tres noches en las Lomas de Bracho, en las afueras de la ciudad de Zacatecas. Diez mil personas participan en una celebración multitudinaria conocida como la “morisma”, en la cual se entrelazan temas evangélicos y guerras de moros y cristianos.

No cabe duda, América es un extremo Occidente. En Zacatecas pervive, no como arcaísmo, no como belleza muerta puesto que crece, cambia, inventa, una cultura, una literatura no forzosamente escrita, que surgió hace más de mil años alrededor de la figura mítica del emperador Carlo Magno, el de la barba florida, y con el encuentro bélico del Islam y de la Cristiandad, entre el siglo octavo y el XVI. El ciclo de las epopeyas carolingias es sólo comparable, en importancia, al conjunto de leyendas célticas alrededor del rey Arturo, Carlo Magno y los doce Pares de Francia, el rey Arturo y los Caballeros de la Mesa Redonda... Nuestra América, siendo más mediterránea que nórdica, heredó, conservó, transmutó el aliento de la Francia medieval de manera que lo respiramos desde Líbano y Sicilia hasta Brasil y México.

Alrededor de San Juan Bautista, víctima de los malvados, enterrado en Damasco, en lo que es hoy la gran mezquita de los Ummayas (el Islam respetó su tumba de manera que el papa Juan Pablo II pudo visitarla el año pasado), giran tres ciclos representados en Bracho: la degollación del Bautista, primo de Nuestro Señor, la batalla legenda-

